

A Don Carlos, nuestro obispo y hermano, la gracia, la paz y el gozo del Señor, el Hijo amado del Padre, único hermano mayor de todos.

A lo largo de estos tres años, ha sido él quien nos ha acogido en esta “tienda” del Monte Carmelo, a un puñado de sacerdotes, que deseábamos escuchar su Palabra, para ahondar nuestra oración, compartir nuestra fraternidad y rastrear el camino de su misión. Pero hay un latido común, que seguramente Él con su Espíritu ha suscitado entre nosotros. En esta hora de Pentecostés...

¿Cómo pasar del corazón de la mesa eucarística hacia las fronteras nuevas de la misión?

¿Y para esta travesía, cómo podemos adentrarnos en su oración de Getsemaní, para seguir sus huellas?

Al oír a los hermanos estas palabras vivas y comunes, me pareció que el Señor me ha sugerido también a mí esta misma andadura, para volver al camino apostólico “enteramente primero”. Él llamó a sus apóstoles en el cenáculo pascual, para “ir a Galilea” y desde allí “al mundo entero, para proclamar el evangelio a toda la creación”.

Esta llamada al corazón para salir a las heredades desoladas, hacia los confines del universo, ha sido siempre un latido vivo, consustancial al carisma apostólico de los Doce, en su desnudez y plenitud. Esta sugerencia viva y honda, que resonaba en los hermanos, me alcanzaba también a mí, cuando parece que el camino que se me abre hacia delante, sea el viacrucis de su travesía pascual. Como el niño pequeño del Benedictus, ¿se puede ir delante para proclamar al Señor, dejarle pasar y desaparecer? ¡Es el Señor! ¡Solo su Amor, solo su Cruz, solo su Fuego!

Ya se que usted tiene mucho trabajo en su misión apostólica. ¿Tendría usted un pequeño rato para discernir un poco estas sugerencias? ¡En el corazón de esta Iglesia amada, Iglesia del Señor, en Salamanca, en esta hora, en estos cielos y en esta tierra, en esta Travesía pascual!

La madre Teresa, un tanto enloquecida, solía repetir al Señor estas palabras: “Juntos andemos, Señor. A donde vayas, tengo que ir; por donde pases, tengo que pasar”, y ya al despedirse decía a las hermanas es “Hora de caminar. Vamos muy en “Hora buena”.

Abrazo de paz y gozo en el Señor.

Su hermano menor

Marcelino Legido.